

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 155

Sermón predicado en la catedral de Morelia el 1° de Mayo de 1811 por el cura licenciado don Antonio Camacho

SERMÓN

Que el día último del solemne octavario, que de orden del ilustrísimo señor doctor don Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán, se celebró en esta Santa Iglesia Catedral de Valladolid, para desagraviar a la Santísima Virgen María, de los ultrajes que en su advocación de Guadalupe se le han hecho esta última época con motivo de la insurrección en esta América Septentrional, predicó el licenciado don Antonio Camacho, cura propio y juez eclesiástico del Valle de Santiago en el mismo obispado, en 1° de Mayo de 1811.

*Filios enutrivi & exaltavi: ipsi autem spreverunt me.
Isaiae cap. 1. V. 2.*

Yo crié hijos y los exalté; pero estos mismos me han despreciado.

Así habló un Dios, y estas dolorosas palabras con que se lamentó de la ingratitud enorme de su escogido pueblo, del pueblo de Israel, son señores, las mismas de que hoy he querido valerme para quejarme a nombre de María santísima, al ver la conducta con que se han manejado en estos últimos tiempos innumerables de sus hijos los americanos.

Constituida Madre de todos los hombres al pie de la cruz, sobre todos había derramado con profusión sus dones; pero con nosotros, con los americanos, dice el gran pontífice Benedicto catorce,¹ ha hecho lo que con ninguna de las otras naciones: confesémoslo de buena fe.

¹ En el oficio que concedió para el clero secular y regular de Nueva España.

Por nosotros bajó desde los cielos a Tepeyac; se apareció a un neófito paisano nuestro; le habló con las palabras más dulces y cariñosas; en su persona nos volvió a adoptar por hijos; nos prometió su patrocinio; nos educó en la religión; nos ha exaltado sobre otros pueblos; en una palabra, todos los bienes nos vinieron juntos con María.²

Mas como si esto todo fuese poco, al volverse a los cielos, y al modo que una madre tierna al ausentarse de sus hijos pequeñitos, suele dejar en sus manos algún don, cuya preciosidad los embelece, y haga suspender el curso de las lágrimas comenzadas a derramar por su ausencia, así María, así esa amorosa y dulce madre deja en las del venturoso Juan, y estampado en su propia tilma el graciosísimo, el inestable retrato de su belleza encantadora. ¡O María! ¡O amable y tiernísima María, de cuanto te es deudor el pueblo Americano!

Por católicos, tal amor, tal fineza, tantos y tan singulares beneficios ¿cómo han sido correspondidos? ¿La hemos amado al modo que ella se ha dignado amarnos? Siquiera por nuestro propio interés ¿le hemos manifestados nuestra debida gratitud? ¡Ay! no puedo decirlo sin dolor. Los americanos se han olvidado de lo que deben a su benéfica madre; han llegado a serla ingratos, e ingratos hasta un extremo inconcebible. Sí, católicos, hasta el extremo de despreciar a María Santísima ha llegado en esta última época la ingratitud de muchos de sus predilectos y siempre amados hijos los americanos; las pruebas son bien claras. Ellos han abusado de la invocación de su santo nombre hasta convertirla en grito de una sedición la más inicua: primera Reflexión. Han abusado de su adorable Imagen hasta hacerla servir de divisa de una rebelión la más perniciosa: segunda reflexión. Atendedme, y veréis con cuánta razón puede decir María santísima de muchos americanos por mi boca lo que Dios de los israelitas por la de Isaías. Yo crié a esos mis hijos y los exalté; pero esos

² Sap. Cap. 7. V 11.

mismo me han despreciado: *Filios enutrivi, & exaltavi; ipsi autem spreverunt me.*

Guadalupana virgen, dulcísima María, me lleno de rubor al referir esos ultrajes; no quisiera hacer memoria de ellos; pero es preciso hacer conocer a las almas alucinadas sus errores, para que detestándolos de corazón, puedan desagaviarte. Su bien y tu decoro son los que me mueven a hablar. Dígnate por uno y otro alcanzarme la gracia que necesito.

AVE MARIA

Filios enutrivi &c. Isaiae ubi supra.

Jamás se había invocado con mayor entusiasmo ni con tanta publicidad ni más generalmente el dulce nombre de esa amabilísima madre, que en estos últimos días. *Viva María santísima de Guadalupe* era el grito que se oía por las calles, por las plazas, por los caminos, y hasta en las cimas de los montes que antes habían parecido inaccesibles. El indio y el casta, el pardo y el blanco, el joven y el anciano, esta población y la otra, aquella y la de más allá, todos en fin repetían lo mismo, como si todos hablasen por un órgano, y como si en todos hubiese unos mismos sentimientos.

Las almas poco reflexivas que en días no muy anteriores habían oído en estos mismo lugares a estas mismas personas gritar con igual entusiasmo, viva el amado, viva el suspirado Fernando VII, se creyeron sin el menor recelo que así como el amor y lealtad a este joven monarca las había obligado a explicarse de una manera tan afectuosa, así también la religión y el cordial afecto que ella inspira hacia esa reina y madre amorosísima, eran las que las habían hecho trasladar de sus corazones a sus labios, y de unos pueblos a otros aquellas dulcísimas palabras.

Se engañaron, señores. No, no fue la religión ni el amor a María santísima lo que obligó a los americanos a aclamarla de esta manera. En los primeros a lo menos que dieron este grito obraron otras causas; su intento era sublevar los pueblos, y esa invocación el

medio que se creyeron más a propósito para conseguirlo. Con razón después de haber vociferado que la España al fin había sido ya sojuzgada por los franceses; que la misma desgraciada suerte amagaba a la América; que no tratando el gobierno de sus defensas la iba a tomar a su cargo, que su fin era sólo el conservar con la religión esta preciosa porción de sus dominios a Fernando; que ellos libraban el feliz éxito de esta gloriosa empresa en la protección tan experimentada de María santísima de Guadalupe; después digo, de haber desparramado estas y otras mentiras, y después de haber alucinado con ellas a innumerables, ¿qué estímulo podía haber más poderoso para ponerlos en acción, que invocar al intento el dulce nombre de aquella virgen de quien había sido en todos tiempos ciegos adoradores? Ni fue menester más; a esta sola voz: Viva María santísima de Guadalupe, los pueblos se levantan, y repitiéndola otros, como otros tantos ecos, la sedición a la manera que un voraz incendio, cunde rápidamente por varias partes. ¡Infelices indios, miserables labradores, desgraciados pueblos! ¡oh y como se abusa de vuestra sencilla credulidad!

Vosotros los que me oís, no os deslumbréis con el falso brillo de ese ejemplo; no deis oídos tampoco a la serpiente seductora; es rebelión y no defensa a la que ella os incita; esas palabras tampoco son como aparentan, una invocación religiosa; son un grito de sedición y de una sedición la más inicua. Ya está dicho; pero si lo dudáis examinadla en su objeto y en sus medios.

Si, católicos, hacedme la justicia de creerme. El espíritu faccionario, que como Luzbel se ha arrastrado tantos en pos de sí, no es tan fiel a su soberano, para que quiera asegurarle esta gran parte de su real patrimonio; no es tan religioso, para que intente conservar en su pureza la religión de nuestros padres; no es tan amante nuestro, para que exponga su vida y cuanto tiene por poner a cubierto de un extranjero usurpador nuestra

libertad, nuestras personas e intereses; es un judas traidor; es un fariseo hipócrita; es un egoísta refinado; un hombre en fin, que habiéndose desnudado hasta de los sentimientos que inspira la humanidad a todos, todo ha querido sacrificarlo por sólo satisfacer su ambición.

Mal contento con su rango quiso tomar asiento entre los príncipes para verse rodeado por todas partes de los resplandores del solio.³ He aquí su designio y el funesto origen de todos nuestros males. A los principios y por mitras políticas ocultaba con demasiado estudio este secreto; pero la felicidad en sus primeros pasos lo hizo ya franquearse. Con la misma imprudencia que Adonías en Jerusalén llegó a decir aquí, y repitió después en la capital de la Nueva Galicia: Yo reinaré.⁴ Como su prototipo se hizo proclamar emperador de los franceses y rey de Italia, así él inspiraba a ser emperador de México y rey de Guadalajara.⁵ ¿Podía ser más avanzada su pretensión, mayor su temeridad?

Infiel e inconsiderado vasallo, ¿qué es lo que pretende? ¿qué derechos tienes para erigirte aquí en soberano? Aún cuando circulase en tus venas alguna parte de la sangre real; aún cuando fueses por otro digno de mandarnos, ¿ignoras que vive Salomón? ¿No sabes que su padre David no pudiendo ya sostener con sus trémulas manos el cetro, lo ha puesto en las de ese amable benemérito joven? ¿La nación entera no lo ha proclamado su monarca? ¿Tú mismo no le has jurado obediencia? Digámoslo con claridad. Fernando VII vive; Carlos IV en su vejez ha abdicado en él la corona; la España antigua lo ha aclamado, y no hace muchos días que hasta en los últimos ángulos de esta nueva resonaron estas

³2 Reg. Lib. 3 cap. I. V. 5.

⁴Detalle de la acción del puente de Calderón página 16.

⁵Antihidalgo carta 13.

dulces palabras: Viva nuestro deseado rey; viva Fernando; *Viva Rex*.

¿Acaso porque el águila rapaz encorvando sus negras uñas se ha apoderado de esta cándida palomas ¿hemos de desconsolarla? Porque Fernando está prisionero ¿hemos de desampararlo? Porque no sabemos cuando volverá a su trono ¿hemos de adorar a otro en su lugar? No, no, primero moriremos que ser traidores. Fernando, amabilísimo Fernando, si separado a tanta distancia de nosotros, si en esa tan dura y prolongada cautividad, si en tus amargas aflicciones puedes tener algún consuelo, ten el de que la mayor parte de los americanos te ha sido, te es, y te será eternamente fiel.

Dimos un paso más. Yo quiero suponer que la atrevida mano del protervo corso hubiese arrancado del frondoso tronco de los borbones ese precioso vástago; ¿por ventura acabó ya con todos? ¿Ya no hay quien tenga derecho a las Américas? Aún cuando así fuera; aún cuando ésta se viera ya en la estrecha necesidad de elegirse monarca; ¿es creíble, señores, que ella pusiese los ojos en un Roboan insensible, cuyo pasado durísimo yugo no podría soportar? ¡Ah! Si esto sería una necesidad, una locura, el pretender ese monstruo, parte feliz del egoísmo y de la perversidad de nuestro soberano, y pretender serlo viviendo aún Fernando VII, y otros que en su defecto tienen derecho a la corona, es una empresa temeraria y tan inicua, como la que lo haya sido más.

No lo fueron menos los medios de que al intento se valió. Como esta clase de proyectos jamás puede realizarlos uno sólo, el conoció desde luego la absoluta necesidad de levantar ejércitos. Pero éstos había de comer y beber por lo menos; pero para éstos y los demás ulteriores gastos se necesitaba una fuente perenne e inagotable de numerario; pero no encontrándola en sí ni en sus colegas, era forzoso ir a buscarla en otra parte. Mas ¿a

dónde? ¿con qué caudales podía contar? De los del Real Erario no podía disponer, si no era en los pueblos indefensos, o en aquellos otros, que o por perfidia o por cobardía llegasen a someterse; prometerse uno u otro de los demás, hubiera sido, o no conocer la vigilancia y fuerzas del gobierno, o suponer cobarde o traidora la mayor parte de la nación. ¿Qué recurso, pues? ya no quedaban otros, que el echarse sobre los bienes de los americanos, o el de apoderarse de los de los Europeos habitantes entre nosotros. El primero sobre injusto, era impolítico, hubiera sofocado a la insurrección en su misma cuna; el segundo también lo era; pero era también el menos arriesgado. ¿Por cuál, pues, se decide? ya se deja entender por cuál.

Pero aún le resta una gran dificultad que vencer: era preciso quitar a los que trataba de hacer a su partido el miedo y el horror que naturalmente inspira a todo hombre la usurpación de lo ajeno. ¿Y qué hace? ¿cómo se desembaraza? Católicos, me horrorizo al decirlo; ese bárbaro apela al medio más inicuo; apela a la infamia; imputa a los europeos unos delitos, que atendiendo aún a sola su conveniencia temporal, no podía haberse cometido. Dice que son traidores al rey y a la patria: que están de acuerdo con Napoleón para entregarle la América, y que por ellos íbamos ya a perder con nuestras propiedades hasta la fe de Jesucristo; decreta en consecuencia el saqueo de sus bienes; y concluye por último, que lejos de ser pecado lo que aconseja y manda, harán actos meritorios, con los cuales honrarán a Dios y a su bendita Madre.⁶ ¡Santo Dios! ¡qué blasfemia! ¡qué herejía!

¿Podremos creer, señores, que hubiese almas tan estúpidas, que pudiesen así persuadirlo? ¿Será posible que no creyéndolo, hubiese algunas que sin rubor se abandonasen al robo? yo no lo entiendo; lo que si sé es, que el jefe de la insurrección,

⁶ Véase el edicto, que con fecha 8 de octubre de 1810 expidió el ilustrísimo señor doctor don Manuel Abad y Queipo, Obispo de Michoacán.

enseguida de estas palabras —viva la América— viva María santísima de Guadalupe, que él fue el primero que pronunció, se echó de luego a luego sobre los bienes de los europeos sus parroquianos; que, como el agua sigue al dedo que le abre camino por la arena; así siguieron su ejemplo sus satélites; que como se difunde la luz, se difundió este escándalo por varias partes; que se propagó hasta las familias más honradas; y que penetró por último hasta el interior del mismo santuario, hasta algunos de los ministros del altar.⁷ ¿Lo creerán las generaciones futuras? ¡O tiempos! ¡O costumbres!

Pero echemos un velo que cubra las vergüenzas de nuestros hermanos, y volvamos a tomar el hilo de la narración. El resultado de tan execrable escandaloso ejemplo, vosotros lo sabéis. Los españoles europeos, que en estos días tristes era conciudadanos nuestros, ha sido despojados de todo; lo que habían adquirido por herencia, por donación, o a costa de fatigas y sudores de muchos años, ha desaparecido en un instante; la opulencia de unos y la mediocridad de los otros, igualmente se ha convertido en miseria; el saqueo y el secuestro, los han puesto a nivel con los más pobres del pueblo; de aquí adelante tendrán que trabajar de nuevo, o que separarlo todo de la ajena beneficencia. ¿Y sus mujeres? ¿y sus hijos? ¿y sus dependientes? ¡Ay! correrán la misma desventurada suerte. El haber nacido aquéllos más allá de los mares, es un pecado en laguna manera más funesto que el original; transmite la miseria y las desgracias, no sólo de padres a hijos, sino también a los extraños. La mujer pecó en su marido, el hijo de su padre, el criado en su señor, el cliéntulo en el que lo favorecía; todos en consecuencia deben padecer igualmente. En esta parte a ningunos debe valer el ser criollos; nada se ha de reservar para ellos: *quod scripsi scripsi*, dijo una vez el tirano, y esto mismo han dicho los demás. ¡Qué humanidad, católicos! ¡oh! ¡y cómo

⁷ A ejemplo del corifeo de la revolución, saqueaban los bienes ajenos los eclesiásticos que han tenido la desgracia de hacerse cabecillas de los rebeldes.

se conoce que sólo se trataba de hacernos felices!

Hay más todavía. El dejar a los europeos siquiera su libertad, era, en el concepto del opresor, dejarlos bastantemente ricos. Ellos además podían unirse con los que él llamaba traidores a la nación; y unidos, cortarle o retardarle los pasos. Para asegurarse pues, y caminar adelante con su inicuo proyecto, se apodera de sus personas al mismo tiempo que de sus caudales; los arranca del seno de sus familias; los lleva prisioneros; y no sé como se le pasó, para envilecerlos más a los ojos del pueblo, el cargarlos de cadenas, y obligarlos a que tirasen de su coche, como hacían con sus prisiones los vencedores romanos. Pero hizo otra cosa peor. Como los tiranos siempre son cobardes, no se creyó del todo seguro hasta no exterminarlos. A proporción que iba perdiendo de crédito y de fuerzas en los combates, iban creciendo su temor y su crueldad.⁸ A los que desesperó poder vencer en los campos de Marte, mandó arrastrar a los lugares más solitarios para hacerlos morir.⁹ A los que él en fin no hizo decapitar, el pueblo alucinado con mano armada los quitó de delante.¹⁰ ¡Ay! ¡ya no los veremos jamás!

Guanajuato, Guadalajara, Valladolid, irreparable es vuestra pérdida, muy justo ha sido vuestro llanto. Aquellos europeos honrados, que pocos días ha eran las delicias de la sociedad, ya no existen; aquellos vecinos poderosos, cuyos caudales fomentaban la minería, la agricultura, las artes y el comercio, ya os faltan; aquellos caritativos bienhechores, a cuyas expensas subsistían la viuda y el huérfano, han desaparecido. Los que tuvieron la fortuna de poder fugarse; los que por medio de algún intercesor alcanzaron indulto; los que

⁸ Hasta después de la derrota de Aculco no comenzaron los degüellos en las barrancas.

⁹ Temerario acaso de una contra rebelión, no se hacía los asesinatos de europeos en las poblaciones, sino en los cerros y barrancas. Por lo menos en Valladolid y en Guadalajara esto fue lo que se practicó.

¹⁰ A la entrada de los insurgentes en Guanajuato, el pueblo se dirigió a Granaditas, donde se habían hecho fuertes los europeos con otros honrados americanos y de propia autoridad mató a casi todos; y lo mismo hizo después en el propio lugar a la entrada de las tropas del rey. En Valladolid no fue tanto el estrago, porque se

encontraron almas generosas que los redimiesen a costa de dineros;¹¹ los que en fin hallaron, como aquí, personas heroicas que expusiesen mil veces sus vidas por defenderlos;¹² éstos digo son los únicos que han podido librar. Los demás... ¿por qué no he de desahogar mi dolor? Yo, yo quiero repetirlo: los demás ya no existen; el furor del pueblo asesinó a los unos en las cárceles, y la crueldad del jefe de la revolución hizo perecer a los otros en las lóbregas soledades.

Barrancas de la Batea,¹³ cerro del Molcaxete,¹⁴ ¿cuántas inocentes víctimas han sido arrastradas a vuestros senos y quebraduras? ¿Quién, a no verlo, quién habría podido imaginarse que algún día servirías de patíbulo y de provisional sepulcro a más de ciento¹⁵ amados hermanos nuestros? Viudas, huérfanas, desválidos, amigos y paisanos, ya no preguntéis de aquí adelante ¿dónde está el amado de mi alma? Allí, allí yace el esposo fiel, el padre amoroso, el protector benéfico, el generoso amigo, el honrado paisano; aún humea allí su sangre; allí están sus cadáveres. Antes que las aves y las fieras acaben de devorarlos, id a reconocerlos. ¡Ay! quisierais reanimarlos; pero esto no es dable; haced lo que podáis, lo que nadie podrá prohibiros; acercaos, daos prisa en recoger sus reliquias, tendréis siquiera el consuelo de darlas un más digno sepulcro, y de regarlo una y muchas veces con

contuvo al pueblo; pero a sus manos murieron en el colegio de ex jesuitas tres, al cual asaltó al tiempo del tumulto del 26 de diciembre último.

¹¹ Varias personas, y entre ellas algunas señoras, rescataron en Guadalajara algunos europeos, exhibiendo por ellos cantidades considerables de dinero.

¹² A las activas y oportunas providencias que tomaron el prebendado licenciado don José Jacinto Llano Valdés, el doctor don José María Zenón, y los bachilleres don José Antonio López, don Joaquín Gallegos, don José Antonio y don Francisco Castañeda, con otros varios eclesiásticos y seculares, y al valor con que se metían entre las lanzas de los enemigos, deben la vida los europeos que libraron el día del último tumulto acaecido en la ciudad de Valladolid. Por defenderlos sacó don Ignacio Domínguez Manzo una herida en la cabeza y otra en una mano; y don Tomás García Carrasquedo otras más graves, de que murió a los siete días.

¹³ Distan de Valladolid 2¼ leguas por el poniente.

¹⁴ Dista de la misma ciudad y por el mismo rumbo 5 leguas; y éstos fueron los lugares que en ella se escogieron para el degüello de las dos partidas de europeos que sucesivamente se sacaron de la cárcel.

¹⁵ Aunque las dos dichas partidas sólo hacen el número de 83; pero el total pasó de 100, con los que se traían para la cárcel, y que se les agregaron en el camino.

vuestras lágrimas.

Tal ha sido su suerte por lo que mira el cuerpo; por lo que toca a la alma, me parece que puede asegurarse en cuanto cabe, que ha sido verdaderamente dichosa. Han muerto inocentes, y vosotros sabéis como se prepararon para morir.¹⁶ No, no lloréis ya por ellos; llorad más bien por vosotros; llorad por la falta que os hacen; llorad por lo demás que os resta sufrir. ¡Dios justo y sabio! Tú lo has permitido así; así convendrá. Yo no murmuro ni me quejo de tus decretos; los reconozco y venero como debo; pero señor, ¿no me será lícito lastimarme de tantas desgracias? Tantas viudas, tantos huérfanos, tantos desamparados ¿no deben excitar mi compasión? ¿Podré ser insensible a tantos males? ¡Ay! ¡Qué trabajo me cuesta reprimir las lágrimas!

Sí señores: llegó tiempo y llegó caso, en que ya no se debe decir, como decía el profeta, ¿quién dará agua a mi cabeza y una fuente de lágrimas a mis ojos para llorar día y noche? Ahora, y en vista de lo que acaba de suceder, debemos mudar de lenguaje; lo que debemos pedir es fortaleza para contener el llanto. El único insensible en tan justo y general pesar, es nuestro tirano. Como Nerón se ocupaba en cantar la Iliada, al tiempo mismo que por su orden se quemó Roma, así él, no trata más que de divertirse cuando se están exhalando en ayes los más tristes, y en gritos los más penetrantes, las moribundas víctimas que ha mandado sacrificar. Habitantes de la Nueva Galicia, vosotros lo habéis visto, vosotros debéis testificarlos

Yo no me admiro, señores, de cosa alguna de las que ha hecho. ¿De qué no es capaz un hombre, que como el impío, ha llegado a decir en su corazón: No hay Dios? No me admira tampoco el que la plebe y campesino creyesen sus sofisterías, y que alucinados fuesen cómplices suyo en tanto género de maldad; no es fácil conocer el veneno, cuando se

presenta en doradas píldoras, y no conociéndolo, no es tampoco difícil el pasarlo. Pero que otros más advertidos; que los que tienen más luces; que hasta aquellos, que por razón de su carácter y destinos en la república, deben tenerlas, y más luminosas, llegasen a fascinarse; esto sí me admira y me pasma. Me pasma muchos más, y aún me aturde, el que después de haberse aquél quitado la máscara; después de tantas derrotas, como él y los suyos han sufrido; después de tantos males, como ellos con nosotros están experimentando; después, en fin, de tanto que para su desengaño se les ha dicho en la cátedra misma de la verdad, y aún por ministros de su propio origen haya todavía algunos, que a lo malo llamen bueno, y a lo bueno malo; algunos que no desesperen de esa desatinada empresa, y que aún la sigan. ¿Podrá esto proceder de error? Esto es ya ceguera, esto es obstinación. ¡Dios, padre de las misericordias y señor de toda consolación! Dígnate por tu bondad iluminarlos: quítales esos corazones de piedra, y dales corazones de carne.

Católicos, tanto así es necesario para que esos infelices vuelvan sobre sí, y puedan desagaviar a esa virgen María, a quien por tantos modos han ultrajado en esta época miserable. De otra manera continuarán en sus desórdenes, y al abuso que han hecho de su santo nombre, añadirán otros motivos, para que ella pueda decir quejosa: yo crié a esos mis hijos, yo los he exaltado; pero ellos parece que se empeñan en despreciarme; *filios enutrivi, & exaltavi: ipsi autem spreverunt me.*

Ha sido así en efecto. Si la invocación de aquél, por un abuso detestable, llegó a convertirse en grito sedicioso; a su adorable imagen también se ha hecho servir de divisa de rebelión. Señores, nada exagero; refiero solamente lo que vosotros mismo habéis visto con vuestros ojos, lo que habéis palpado con vuestras manos. ¿Qué era si no, qué era lo que se veía en las banderas de esos ejércitos que la ambición y la perfidia levantaron para invadir,

¹⁶ Confesaban y comulgaban a menudo, y se ocupaban frecuentemente en diferentes ejercicios de piedad.

para socavar por los cimientos, para derrocar, si fuera posible el trono del más amable de todos los monarcas? ¿Cuál era el distintivo de los soldados que los componían? ¿cuál era la divisa que traían a la frente y sobre sus sombreros, los que por un trastorno de ideas llegaron a creerse los más amantes de su patria, siendo en realidad sus mayores enemigos? ¿No era la imagen soberana de la virgen María de Guadalupe? ¿y esto no era ultrajarla? Sed vosotros los jueces.

Yo no negaré que hasta aquellos días traíamos todos de la misma manera la imagen de Fernando. Convengo también en que esto no era ultrajar su augusta real persona; pero ¡cuán diferente y noble era el motivo! El que a esto nos obligó, fue nuestro mismo amor y lealtad, el hacer ver hasta de este modo a todo el mundo, que a pesar de José Napoleón se había hecho proclamar soberano en varios lugares de la península, nosotros no reconocíamos otro, que al mismo y por tanto tiempo suspirado Fernando. ¿Mas qué podrá alegar en su favor esa insolente chusma de sediciosos y de alucinados? ¿Qué los ha movido a estampar en sus banderas y a colocar en sus sombreros la imagen de esa soberana reina? ¿No ha sido su intento el manifestar por ese medio, que habiendo sacudido el yugo de la obediencia a su legítimo monarca, reconocen a otro jefe en su lugar, que militan ya bajo otras banderas? ¿A qué fin han querido así distinguirse? ¿No ha sido para sublevar con más facilidad al reino contra el rey, no obstante los reclamos que ha de haber hecho en sus conciencias el juramento de fidelidad, que con nosotros le prestaron, y lo que Dios nos manda en el cuarto de sus mandamientos? ¿Podría ser del agrado de María santísima, que se condecoraron con esa sagrada divisa, los que tan indebida como temerariamente han pretendido segregar del patrimonio de su devoto Fernando esta América, cuya adquisición por los reyes de España, parece vino a bendecir, apareciendo en este suelo tan a los principios de su conquista? Dejemos que digan los que quieran. El haber colocado en sus

banderas y sombreros la sacrosanta imagen de esa nuestra adorada madre, ha sido un desacato, un ultraje, un desprecio; y desprecio tanto mayor, cuanto que la rebelión, de la cual se la ha hecho ser divisa, es para sus queridos hijos los americanos la más funesta y perniciosa. Para demostrarlo, voy a ponerlos a la vista los efectos más notables que ha producido hasta aquí, y los que, en mi concepto, habría producido en adelante, si la Divina Providencia, que tan visiblemente nos protege, no hubiera puesto al torrente de la insurrección un invencible dique en esos valerosos formidables ejércitos del rey. Atendedme.

El jefe de ella, semejante en todo a la serpiente del Paraíso, incitó a los americanos a que gustasen del fruto prohibido, asegurándoles que llegarían a ser como dioses.¹⁷ Más claro: les dijo que serían felices una vez que llegasen a hacerse independientes. Así habló a todos en general; pero convirtiéndose a los indios, cuyo auxilio creyó tan necesario a los principios, les habló en términos más sencillos. Revistiéndose del carácter del espíritu tentador, y habiéndoles dicho que este reino era suyo, y que por lo mismo trataba de quitarlo a los españoles que lo tenían usurpado, añadió para acabar de seducirlos, que él los pondría de nuevo en posesión de todos sus terrenos siempre que uniesen a su partido, y se sujetasen humildes a sus órdenes: *baec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*¹⁸

¡Promesa lisonjera, tentación terrible! ¿Quién podría resistirla? Solamente un hombre sensato y de una probidad a todas pruebas; pero como el número de los necios y de los perversos es infinito, infinitos los creyeron luego. Como al ver un horizonte se nos figura que no es más que llegar a cierto punto para tocar al cielo con las manos, así

¹⁷ Génesis, cap. 3.

¹⁸ V. 5. 2 Matthaei cap. 4. V. 9.

juzgaron muchos de la felicidad que se les prometía. O no previeron dificultades en la empresa, o si las previeron las calificaron de fácilmente superables. Sea de esto lo que haya sido; lo cierto es que apenas oyen la seductora voz, cuando de improviso y tumultariamente se levantan exclamando a una con su caudillo: Viva la América; viva la independencia. ¡Insensatos! Bien presto se arrepentirán, conocerán su error, más ya será tarde; su anhelada felicidad se convertirá en su ruina; los bienes se les trocarán en males.

Señores, esta no es profecía, como se hubiera creído y acaso dicho entonces. El día de hoy es una verdad de hecho, ya la están palpando aún los más preocupados. Decidme, decidme por vida vuestra: ¿Qué efectos ha producido esa loca temeridad? ¿son por ventura los que se esperaban? ¡Ah! todo lo contrario. ¿Cuántos y cuán graves males han venido sobre nosotros! Pasan ya de cincuenta mil los que infelizmente ha perecido en las batallas, en las cárceles, en las veredas extraviadas, en los cerros y en las barrancas.¹⁹

Muchas y grandes poblaciones ya parecen desiertos; a donde quiera que se vuelven los ojos no se encuentran más que escombros, familias desoladas, funestos lutos, miseria y lágrimas.²⁰ Ciencias, artes, comercio, industria, todo está abandonado, todo lo ha devastado y trastornado esta bárbara revolución.

Pero siendo estos males tan enormes, hay otro mayor y más digno de nuestras lágrimas, la desmoralización de los pueblos. ¡Desgraciados pueblos! ¡oh y qué cuadro tan melancólico presentan de luego a luego a nuestra vista! Desde el momento fatal en que se oye aquélla horrisona voz ya no se reconoce rey, ya no se respetan las autoridades legítimas, ya no hay leyes que nos gobiernen, se echaron por tierra todas, y cada cual ha

¹⁹Según las relaciones de los papeles públicos y otras fidedignas, es el cálculo más bajo que puede hacerse de los que ha perecido con motivo de la insurrección.

²⁰ En notorio el deplorable estado en que han quedado Valladolid, Guanajuato, San Luis Potosí y otros varios lugares, no sólo por la falta de gente que se nota en ellos, sino también por el destrozo de sus edificios, por la pobreza general, tristeza y desaliento de sus habitantes.

hecho lo cuanto ha querido; se perdió el horror a los delitos, y el vicio ya no se avergüenza de aparecer a cara descubierta; en público y con la mayor serenidad se han cometido excesos, que antes apenas se cometían en secreto, y jamás sin temor. La embriaguez, la disolución, el juego, el robo, los asesinatos, ¿cuándo habían sido tan frecuentes, ni tan públicos? ¿cuándo se habían visto tan autorizados?

Todo se ha mudado: se acabó ya también la veneración a los sacerdotes; los que antes eran sus más reverentes adoradores, son ya sus más declarados e implacables enemigos. ¡Cuántos se miran perseguido aún el día de hoy! Se invaden sus personas igualmente que sus intereses; se ha puesto a muchos en la dura necesidad o de esconderse o de fugarse, y no han sido pocos los que aprehendidos han sido conducidos a las cárceles, ultrajados allí de varios modos, y aún amenazados de muerte.²¹ He dicho poco: ya se les hiere²² y se les mata; del templo mismo se les saca para asesinarlos; un ejemplo recientemente acaecido tenemos no muy lejos de esta ciudad.²³ ¡Dios justo y terrible! ¿Cómo permites estos atentados? Cristianos: ¿No ha prohibido el mismo Dios que se toque a sus Cristos?²⁴ ¿Cómo pues os atrevéis a tan sacrílega bárbara maldada?

Aún no lo digo todo: ni a los príncipes de la Iglesia, ni a sus exhortaciones y mandatos, ni a las censuras eclesiásticas se tiene ya la debida consideración. Hemos visto

²¹ Los arrestos, ultrajes y amenazas aún de muerte a los eclesiásticos, eran pocas a los principios de la insurrección, pero en el día ya no hay cosa más general ni más frecuente.

²² Por no alargarme demasiado, omito referir los nombres de los eclesiásticos heridos por los insurgentes; más para formar alguna idea de los excesos que en esta parte han cometido en esta época terrible, véase la gaceta extraordinaria de México fecha 25 de abril de 1811, en que se da una circunstancia noticia del estado en que aquellos sacrílegos pusieron al doctor don José Mateo Braceras, cura de San Sebastián en San Luis Potosí, al reverendo padre fray Manuel Diez, religioso franciscano, y a otros sacerdotes, sobre quienes cargaron todo su furor, desnudándolo, apaleándolos, acuchillándolos, y dejándolos poco menos que moribundos.

²³ De la iglesia parroquial de Vango, distante de Valladolid como 12 leguas, se sacó al reverendo padre fray Manuel García, religioso agustino de esta provincia de Michoacán, para quitarle la vida, como en efecto se le quitó a fuerza de heridas casi en los umbrales de la misma Iglesia.

²⁴ Psalm. 104. V. 15.

en nuestros días tres señores obispos²⁵ emigrar de sus Diócesis, y emprender largos y penosos viajes por poner a salvo de insultos, aún más que sus personas, la respetable dignidad y autoridad que los distingue.

Los hemos visto, repito, y se ha agravado el dolor de nuestros corazones al notar en los pueblos una monstruosa indiferencia hacia ellos, cuando en caso semejante nuestros mayores se hubieran deshecho en lágrimas, y como los de Mileto con San Pablo,²⁶ se hubieran asido de sus cuellos, dándoles los más tiernos reverentes ósculos, y siguiéndolos hasta donde no les fuese ya permitido acompañarlos. Los hemos visto, vuelvo a decir, y ha exacerbado sobremanera nuestro pesar, el notar igualmente que ni al partirse, ni después, ni aquí, ni allá a donde los arrojó la tempestad, han querido darles el consuelo de obedecer sus justos mandatos, de docilitarse a sus paternas exhortaciones, y lo que causa horror, el no querer ablandarse ni con todo el rigor de los anatemas, que al fin se vieron obligados a fulminar.

Católicos, todo esto hicieron el nuestro²⁷ y otros sabios celosísimos pastores para contener el impetuoso torrente de la insurrección, que amenazaba arrostrarlo todo; lo mismo hizo el Tribunal Santo de la Fe,²⁸ pero ni éste ni aquéllos fueron creídos; no hicieron los pueblos lo que debían. Son en un número que espanta los que se han tragado esas censuras como al más delicioso de los licores. Unos además han ensuciado, y otros han

²⁵ El ilustrísimo señor doctor don Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán, el ilustrísimo señor doctor don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, obispo de Guadalajara, y el ilustrísimo señor doctor don Primo Feliciano Marín, obispo del Nuevo Reino de León, tuvieron que fugarse por sendas extraviadas, y el segundo, hasta que embarcase para evadir el furor de los sacrílegos rebeldes.

²⁶ En los Hechos de los apóstoles capítulo 20 se lee la veneración y amor con que los de Mileto veían a San Pablo.

²⁷ Véanse los edictos y pastorales que respectivamente expidieron para contener la insurrección, el excelentísimo e ilustrísimo señor obispo de México, y los ilustrísimos señores obispos de Puebla y Michoacán.

²⁸ Véanse los edictos que con igual objeto ha expedido el Santo Oficio desde septiembre último hasta la fecha.

arrancado de las puertas de las Iglesias los edictos que las contenían, y no ha faltado quien diga por lo tocante a la que fulminó nuestro ilustrísimo electo prelado: “ese obispo es gachupín y no está consagrado;” y por lo que respecta a las del Santo Oficio: “la Inquisición es justa, pero los actuales inquisidores son gachupines.” Así, así se ha hablado para hacer sospechosa la notoria justificación de ese prelado y de esos jueces, y para que no surtiesen el menor efecto sus censuras. Yo me aturdo, señores, yo no sé cómo la desmoralización ha podido progresar tanto en tan corto tiempo, y en unos pueblos que poco antes de bien llamarse por antonomasia católicos.

Acaso se dirá que estos males eran inevitables, supuesta la guerra y sus incidencias; pero que después se aplicaría a todo el más conveniente remedio; que a la tempestad seguiría la calma, y tras ella vendría el buen orden, la abundancia, y todo lo demás que hace felices a los pueblos; por lo menos, esto que era antes la esperanza de muchos, es todo lo que pueden decirnos hoy esos pocos que alucinados, si es que lo están, con el error de que trabajan por fidelidad nacional, aún perseveran en su obstinación. Cuán torpemente se ha equivocado, voy a demostrarlo, y concluiré.

No hay duda, señores: esas esperanzas son y han sido siempre vanas; los males que lloramos no se remediarían jamás; atendiendo al orden natural de las cosas, las profundas heridas que la América ha recibido hasta aquí, cada día presentarían un aspecto peor, se cancerarían más bien que curarse; pero aún cuando no fuera así, es cierto a todas luces que tras esos males vendrían otros que debilitándola cada vez más y más, acabarían al fin con ella, o que la pondrían cuando menos en el estado más triste y deplorable. No, no me engaño, vedlo claramente. Si las armas de nuestro doméstico invasor hubiesen prevalecido; si las del rey no les opusiesen ya la menor resistencia; si ya no se oyese mi nombrar entre nosotros mismos ¿qué sería de la América toda? En medio de esa aparente calma, de esa

paz que supongo nuestra amargura, como dijo Ezechias²⁹ sería la más amarga, seríamos imponderablemente infelices.

Ya no habría un sólo europeo en todo este vasto continente; muertos o confinados a otras regiones habríamos quedado solos los patricios; pero ¿qué adelantábamos? ¿No es cierto que a proporción de esas muertes o de esos destierros se habría aumentado el número de familias o huérfanas o desamparadas, y reducidas a la última miseria? Ya no veríamos ultramarinos colocados en los empleos, pero veríamos en su lugar a los americanos más ineptos, a las heces del pueblo, a los que en esta época miserable progresasen más en la iniquidad. Ya no estaríamos sujetos a la monarquía española, pero viviríamos en la más espantosa anarquía. Todos querrían mandar, porque en tales casos a nadie le gusta obedecer; la nación se dividiría en partidos, y si es cierto, como no puede dejar de serlo después de haberlo dicho Jesucristo,³⁰ que todo reino dividido contra sí mismo ha de desolarse, llegaría tiempo en que el de América, en vez de acercarse a la felicidad que tanto se ha decantado, vendría a sepultarse en su propia ruina, o por lo menos, en que debilitado hasta lo sumo y sin recursos, viniese al fin a ser triste presa de la primera potencia marítima que se acercase a nuestros puertos.

Americanos: ¿Qué sería entonces de vosotros? Seríais esclavos por haber querido ser independientes; se os despojaría de lo poco que os hubiese quedado; se os pondrían gabelas que no podríais soportar; ¿y vuestra religión? ¿Esa santa religión que habéis profesado desde la cuna; esa Religión, que es la única que puede hacernos verdaderamente felices, qué suerte correría? ¡Ay! Éste sería el mayor de todos los males; la veríais mezclarse con otras y falsas religiones que indiferentemente se permitirían, o lo que es más

²⁹ Isaiae cap. 34.

³⁰ Lucae cap. 11. V. 17.

probable, la lloraríais ultrajada y perseguida. Sí: hay datos positivos para opinar que el principal autor de esa rebelión, que tanta sangre y tantas lágrimas ha hecho verter, es el corso infernal.³¹

Él procuraría descatolizarlos, y habiendo dado ya los primeros pasos, no se descuidaría en dar los últimos; introduciría por medio de sus activos agentes el más desenfrenado libertinaje, y dentro de poco se repetiría en este suelo la misma triste escena que en la Europa y aún en la cara península.³²

Padres amorosos: ¿Podríais ver sin que vuestros corazones se hiciesen mil pedazos estuprar vuestras hijas? Esposos: ¿Podríais sufrir sin indignación que en vuestra misma presencia se abusase de vuestras esposas? Hermanos: ¿Podríais presenciar con ojos enjutos la violación de vuestras hermanas? ¡Ay! Ni la casada fiel, ni la honesta viuda, ni la más

³¹ Los datos que hemos tenido presentes para percutirnos del grande influjo de Bonaparte en la revolución que ha llenado de amargura a toda esta América, son los siguientes: 1. El constarnos que ahora dos años destacó para ella una multitud de emisarios encargados de la seducción de los pueblos, cuya circunstanciada lista de sus nombres y patrias anduvo en las manos de todos, y de los cuales fueron aprehendidos en diferentes partes Dalmivar, Arday y Manuel Rodríguez Aleman. 2. Las varias proclamas que sucesivamente ha ido prohibiendo el Santo Oficio, y con especialidad la que dio motivo al edicto de 28 de Septiembre del año pasado, en la que José Napoleón ya no nos amenaza como en las anteriores, a efecto de que lo reconozcamos por soberano, sino que desvergonzadamente nos dice: que *nos renuncia gustoso* si nos hacemos traidores a la patria, a nosotros mismo y a nuestra santa religión. 3. Las monedas de los Bonapartes, las cifras francesas, los planes y apuntes para proclamas, que su astucia hizo llegar hasta Querétaro, y de que se nos dio noticia en la Gaceta de México de 30 de octubre último. Y lo 4º la profecía de dicha revolución, que con referencia a artículo de Madrid de 25 de agosto, se lee en la Gaceta de la Regencia de 7 de septiembre de 1810, y cuyo párrafo a la letra se nos dio en la de México de 4 de diciembre del mismo año, página 1.014. Si los cortesanos del intruso José no son profetas, ¿cómo hablan en agosto como de *cosa segura y positiva*, de una revolución que aquí no vimos comenzar hasta el 16 del mes siguiente? ¿Cómo sabían que las instrucciones para dicha revolución se reducían a fomentar los celos entre los españoles criollos y europeos, a exagerar los sentimientos de fidelidad hacia nuestro soberano, y aún a tomar la voz del rey Fernando, en caso de que hasta esto fuese necesario para lograr su intento? Hidalgo, que para principiar y hacer progresar la insurrección, se ha valido de todos estos medios, ¿les comunicaría anticipadamente estas noticias? Más verosímil es que ellos se las hallan comunicado, o que por medio de emisarios le hayan dado estas instrucciones, para que conforme a ellas ejecutase el proyecto. Como quiera que haya sido, el haber sido él el jefe de la insurrección, y el haberlo ejecutado conforme a dichos planes, nos hace creer que ha estado de acuerdo con los Napoleones, y por consiguiente, que el objeto de todas sus operaciones, sean las que hayan sido sus miras, ha sido la traición de la patria, y no la defensa, que con tanta torpeza ha querido aparentarnos.

³² Los hechos que de este número en adelante se refieren, constan de varios papeles públicos que sucesivamente fueron viniendo de la Europa desde que comenzó la revolución de Paris.

recatada doncella podrían evadirse de ese ciego brutal furor. ¿Respetaría él siquiera a esas otras vírgenes, que huyendo de los peligros aún comunes, han ido a refugiarse a los monasterios como las tímidas palomas a las quebraduras de las peñas? Hasta a éstas perseguiría, y las obligaría como en España o a precipitarse en los pozos, o a vagar por los montes, o a sepultarse vivas en las cuevas.

Sucedería otra cosa peor. Los medianeros entre Dios y los hombres, esos sacerdotes venerables que en todos tiempos han sido la alegría de los justos, y el consuelo de los afligidos pecadores, o serían expatriados, o los veríais decapitar en los cadalsos. Los templos, estas casas del señor, donde hoy sólo resuenan las divinas alabanzas, o se convertirían en caballerizas, o tal vez en lupanares inmundos, donde no se oirían más que, o los relinchos de los caballos, o la algazara de los lascivos y prostitutas. Los vasos sagrados, esos preciosos vasos destinados ahora a las funciones solas del santo ministerio, o se reservarían para otros usos. Las pinturas y estatuas de los santos, y hasta las imágenes de esa nuestra amabilísima madre, serían arrojadas de los altares, y se verían rodando por los suelos. El cuerpo sacrosanto de Jesús... Católicos, no aguardéis que me explique más; inferid vosotros, como sería tratado por el modo con que fue tratado aún en España pocos tiempos ha. Allá... ¡Ay! ¿No se vio allá a un soldado francés tomar con sus sacrílegas manos las sagradas formas, y salir gritando por las calles: —¿Hay quién compre a Dios?— ¿No se vio a otro mezclándolas con la paja y cebada, para que entrasen en parte del alimento que iba a darse a las bestias? ¿No hubo otro volcándolas por el suelo, quitó la vida a un sacristán, porque no quiso pisarlas? ¿No hubo también quien se sirviese de ellas en lugar de obleas para cerrar sus cartas?

Cristianos: si al sólo oírlo no habéis podido contener vuestras lágrimas, ¿qué sería si lo hubieseis visto? ¿Qué, si aquí mismo llegaseis alguna vez a presenciarlo? ¿Y qué falta

ya? Si las cosas han de venir por orden, el día no está muy lejos: la licencia de las costumbres es ya demasiada; la veneración a los sacerdotes casi ninguna; el respeto a los templos ya acaba; de la imagen de María se abusa; la iniquidad aún la hacer servir a la misma iniquidad. ¿Qué falta ya para tocar en lo último? No, no quiera Dios que llegemos a ver lo demás.

Americanos: ¿En esto había de venir a parar la felicidad que se os prometía? Desengaños, desengaños; la insurrección no ha tenido más efectos que los que habéis visto, ni hubiera jamás producido otros que los que acabo de pronosticar, siendo, pues, tan funestos como son, ¿cómo podían ser de la aprobación de la madre de Dios? ¿Cómo querría tener influjo en ellos la que por vuestro amor descendió de los cielos a Tepeyac? ¿Cómo podría agradarse de que su imagen adorable llegase a ser divisa de una rebelión, causa cierta de tantos males, y de uno males tan nocivos para sus propios hijos? Decidlo con franqueza, eso ha sido un abuso execrable, ha sido insultar a María, ha sido despreciarla con impudencia; y por lo mismo no puedo dispensarme de volver a tomar en mis labios las palabras que he tomado de Isaías, para repetir a su nombre contra tales ingratos. —Yo crié a esos mis hijos, yo los he exaltado; pero ellos no han hecho más que despreciarme— *filios enutrivi &c. exáltavi: ipsi autem spreverunt me.*

Es evidente, católicos, los hijos han despreciado a la madre. A proporción que María se ha esmerado en favorecer a los americanos, innumerables son os que parece han tomado empeño en darla que sentir. Han abusado de la invocación de su santo nombre, hasta convertirla en grito de una sedición la más inicua; han abusado de su adorable imagen, hasta hacerla servir de divisa de una rebelión la más perniciosa; hasta este extremo ha llegado su ingratitud.

Con todo, ella no puede olvidar que es madre; ama todavía a los americanos, todavía

se interesa por su bien. Aún en estos días tristes, y sin embargo de esos tan graves y tan repetidos ultrajes, esa graciosa Ester ha intercedido por su pueblo, y ha conseguido del divino Asuero cuanto le pedía. Cuando al ver los estragos que tan rápidamente iba causando esa voraz insurrección, pareció que la América iba ya a fenecer, o a cubrirse para siempre de luto y de ignominia; por su intercesión la hemos visto reanimarse, y cubrirse de una gloria que no había experimentado jamás. ¡Qué alegre es ya, y cuan risueño su semblante! Ya se ve. ¿Cuál es el supremo jefe que la gobierna? ¿Cuáles los que dirigen sus armas? ¿cuáles sus ejércitos? ¿cuántas y cuán continuadas sus victorias? Cruces, Aculco, Guanajuato, Urepetiro, puente de Calderón, lugares otros, donde el enemigo doméstico ha tenido la osadía, de acometernos, contadlo vosotros; cada combate ha sido un triunfo, cada batalla una palma, que nuestros soldados han arrancado de las manos de los suyos. Esos campos, que para ellos han sido teatros funestos, a donde parece sólo fueron a acabar la manifestar su temeridad y cobardía; para los nuestros han sido agradables florestas, donde no han hecho más que cortar verdes ramos para tejerse sus coronas. Derrotados, dispersos, casi aniquilados sus ejércitos por el valor y pericia de los nuestros, huyen a cada paso hasta sus jefes; cuando de nuestros soldados ninguno ha quedado sin honor, cuando vuelven todos a sus hogares con las espadas corbas bajo el peso de los laureles.

América, respira y ríe, ya estás salva. Después de tantas y tan gloriosas victorias, son ya prisioneros tuyos los principales cabecillas de los rebeldes. El día mismo en que esa bellísima imagen se trajo de su Santuario a este santo Templo, para dar principio al Octavario que la piedad de nuestro ilustrísimo prelado dispuso para desagaviar a nuestra buena madre de los ultrajes anteriormente recibidos; en ese mismo, y como para darnos una nueva prueba de su beneficencia, nos llegó la plausible auténtica noticia de la captura de esos tigres, de esos enemigos de Dios, del rey, de la patria y de sus semejantes. América, ya

no hay que temer. Triunfaste ya, y más breve de lo que se creía; de aquí adelante serás también una nación respetable y temible a todas las demás.

España, antigua España. Alégrate igualmente: si el pesar que te dieron esos desnaturalizados hijos, te hizo derramar lágrimas amargas, debes ya enjuagarlas; no, no atentarán más a ser independientes; los demás te han sido constantemente fieles, y cuentas sobre todo con tener aquí unos soldados, que, émulos de las virtudes de los Corteses y Pizarros, de los Palafoxes y Romanos, cada vez tienen más entusiasmo por aumentar tu honor y tu gloria inmortal.

Católicos, tanto es lo que debemos a María. ¿Habrá alguno que no la esté reconocido? Vosotros, los que hasta ahora habíais sido insensibles a su amor y a sus beneficios; vosotros, los que seducidos con falsas promesas, la habíais vuelto las espaldas; vosotros los que, por llevar adelante ese proyecto de iniquidad, habíais abusado hasta de su nombre y de su imagen; abrid ya los ojos, y volved sobre vosotros mismo para poder desagrarla. ¿Habíais aprobado ese injusto proyecto? Reprobadlo. ¿Habíais mal aconsejado a alguno? Disuadidlo. ¿Habíais tomado contra el rey y contra vuestros hermanos las armas? Deponedlas. Tomar en su lugar las de nuestro soberano; y en su obsequio y en el de nuestra nación, perseguid con ardor esos fragmentos de ejército, que aún turban la pública tranquilidad. Dios protege visiblemente la justa causa, y en esta confianza yo os aseguro la victoria. ¿Qué os detiene, pues? ¿Teméis perder la vida en un combate? El peligro es hoy más remoto que nunca; no, no la perderéis. Pero aún cuando la perdiéseis, estad ciertos que la perderíais con honor, y que vuestra muerte sería preciosa a los ojos de Dios. Si hay además casos, en que el vivir es pérdida, y el morir un logro, tal sería el de que hablo. Morid, pues, y muramos todos, si es preciso, antes que ver los males de que hemos estado amenazados, y de cuyo amargor ya hemos probado alguna parte. Mejor es, así decía

a sus soldados el Macabeo, y yo os repito lo mismo, mejor el morir en la batalla, que sobrevivir a los desastres de la patria y de la religión: *Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostrae & sanctorum.*³³

Guadalupana virgen, bellísima María, madre y protectora insigne de la nación americana: en esta disposición estamos y están ya innumerables de los que antes había sido contigo ingratos. ¡Quién pudiera hacer que todos pensasen de la misma manera! ¡Quién logrará la satisfacción de ver reducidos esos pocos que andan todavía extraviados! ¡Quién los viera postrados a tus pies pidiéndote perdón, y tratando sólo de desagraviarte! Me duele su ceguedad, me duele su obstinación; conozco que no merecen indulgencia; pero al fin ¿no son tus hijos? ¿tú no eres su madre? ¿Habrás de abandonarlos? No, no es posible; yo no puedo creerlo de tu piedad. Haz, pues, que vuelvan a ti; haz que te reconozcan; haz que te sean agradecidos; haz en fin, que unidos con nosotros ocupen el resto de sus días en bendecirte y en amarte, para que juntos todos, vayamos después a disfrutar de tu belleza y tus caricias en la gloria.

³³ Machab. Lib. 1. cap. 3. V. 60.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602